

mente contrario, diciéndonos que muchas personas censuraban á este prudente Prelado de haber tolerado demasiado tiempo la heregía de Arrio (1).

60. Solo la elección de Atanasio fue capaz de consolar á los verdaderos fieles de la pérdida que experimentaban con la muerte de un tan digno Pastor: y así cuando llegó la noticia de su exaltacion á los piadosos solitarios de que estaba lleno el Egipto, rindieron á Dios las mas fervorosas gracias. Pretendieron los de la Tebaida haber tenido muestras milagrosas de la aprobacion del cielo, y en efecto San Pacomio, su cabeza, tuvo revelacion, bajo los símbolos misteriosos de una columna y una antorcha, de que aquel santo y sabio Obispo seria el que alumbrase principalmente á la Iglesia, y el que sostendria su edificio en los dias de su próxima calamidad; de que pronto tendria que sufrir terribles asaltos por la defensa de la fe, pero que todo lo venceria, que la conservaria pura y sin mancilla, y la haria florecer en todo el mundo. Este gran maestro de la vida cenobítica, á la que habia dado, digámoslo así, la última mano y una forma permanente, habia llegado en pocos años al punto mas elevado de la santidad. Notáronse en él, aunque era hijo de padres infieles, desde la mas tierna edad, las señales de su predestinacion, en su amor ardiente á la castidad, y en otras inclinaciones tan virtuosas, que no podian menos de ser efecto de una gracia particular. Fue alistado á los veinte años en

(1) *Theodoret. lib. 1. hist. pág. 524. Rufin. pág. 159. Gelas. página 50. Sozom. pág. 426.*

la milicia: embarcóse con otros muchos soldados, y á la tarde desembarcaron en una ciudad en donde ciertos particulares, incitados de la compasion que les causaron aquellos jóvenes que iban á servir contra su voluntad, los trataron con tanto cariño, que Pacomio quiso saber la causa de una caridad tan laudable. Le dijeron que aquellas gentes compasivas profesaban el creer que el Hijo de Dios habia venido al mundo por la salud de los hombres, y que á imitacion suya, hacian bien á todos en general, esperando otra vida en la que recibirian el galardón de lo que practicasen en esta á favor de sus prógimos. Pacomio exclamó al punto levantando las manos y los ojos al cielo: *Dios Todopoderoso, si me sacais de las molestas ocupaciones en que estoy, y me haceis conocer un modo tan digno de servirlos, os prometo y juro por Vos mismo que lo seguiré con una fidelidad inviolable.* Siguió su viage, y luego que pudo conseguir su licencia, volvió á la Tebaida su patria, en donde entró en el número de los catecúmenos, y poco despues fue bautizado.

Sabiendo que un santo anciano que se llamaba Palemon, servia pacíficamente al Señor en lo interior de un desierto contiguo al mar Rojo, fue á pedirle la gracia de que le admitiese por discípulo suyo. No bastaron las austeridades mas terribles, y la pintura acaso exagerada que se le hizo de ellas, para apartarle de su resolucion. Doce años estuvo en compañía de Palemon, orando de continuo, al mismo tiempo que hacia cilicios ú otras obras de manos, tanto



para mortificar su carne, como para procurarse los medios de socorrer á los necesitados. Vivian por decirlo así estos dos fervorosos solitarios de nada, y casi como unas almas desprendidas ya de sus cuerpos.

Un dia de Pascua dijo Palemon á Pacomio, que preparase un alimento algo mas delicado, en honor de la festividad que se celebraba, y éste arregló con aceite las yerbas silvestres que acostumbraban comer; pero en el momento de irlas á gustar, dijo Palemon vertiendo torrentes de lágrimas y dándose golpes en el pecho: *¡mi Salvador fue crucificado, y yo me he de alimentar con esta comida delicada!* Y no pudo resolverse á tocar un manjar que le parecia demasiado bueno, sin embargo de lo insípido que era. Escusábase al exhortarle á que diese algun alivio al cuerpo en sus enfermedades, oponiendo los egemplos de los Mártires, de los que habia sido testigo de vista durante las persecuciones. Treinta y tres años contaba Pacomio cuando se internó en la soledad hácia las orillas menos frecuentadas del Nilo; y estando orando en un lugar llamado Tabena, oyó una voz que le dijo: *párate aquí, Pacomio, y edifica un monasterio para todos los que vengan á buscar, bajo tu direccion, el camino de la salvacion eterna. Tú los regirás con mis reglas;* y súbitamente se le apareció un ángel, y le presentó una tabla en donde estaban escritas estas reglas. Murió algun tiempo despues San Palemon, y Pacomio alzó un edificio sencillo en verdad, pero estenso y proporcionado á la multitud de discípulos que le habia sido anunciada, y en pocos años tuvo la sa-

tisfaccion de ver en él mas de cien Cenobitas que vivian en comun y sin la menor propiedad, bajo la obediencia de un mismo superior y la observancia de las reglas. Atrajo un número indecible de discípulos la santidad de aquellos solitarios, confirmada muchas veces con prodigios, de modo que llegaron á contarse hasta seiscientos Monges en el monasterio principal, y mas de tres mil en otros varios que fue necesario aumentar.

61. Habitaba en el desierto de Nitria, en el mismo Egipto, otro solitario llamado Amon, de una familia ilustre en aquel pais por su nobleza y opulencia. Sus padres le habian obligado á contraer matrimonio de edad de veintidos años, pero sintiéndose llamado ya desde entonces á una vida mas perfecta, persuadió á su esposa á que guardase continencia, é hicieron juntos esta vida angelical por espacio de diez y ocho años enteros; despues de cuyo tiempo hallándose sin duda mas libre Amon, se retiró al monte de Nitria, llamado así por la abundancia de nitro que en él se recogia. Llegó en este lugar á ser superior de una multitud de Monges, y su esposa rigió por su parte un crecido número de vírgenes. Murió Amon de edad de sesenta y dos años, y adquirió nombradía por sus virtudes y por sus milagros. San Antonio, que fue su sabio apreciador y amigo, estando distante trece dias de camino del parage donde falleció Amon, vió su alma que ascendia al cielo.

62. Habitaba en el interior del desierto que está entre el Nilo y el mar Rojo aquel padre de la vida



monástica, despues del viage que hizo á Alejandría mientras la persecucion de Maximino; y á fin de evitar el trato de las gentes del mundo, que interrumpian sus coloquios con Dios, habia andado errante tres dias y tres noches por aquellos desiertos, buscando un parage en donde pudiese subsistir y estar oculto á la par. Por fin habia encontrado una montaña de donde brotaba una fuente copiosa, que no lejos de allí formaba un claro riachuelo al que daban sombra algunas palmas y diversos arbustos. Movi6 al solitario á fijarse en este lugar, llamado Colcim, lo verde y fresco de este sitio despoblado, que hacia un agradable contraste con las arenas y los montes incultos de las inmediaciones, y elevaba el espíritu de Antonio á la contemplacion de las perfecciones infinitas del Criador. Y por medio de algunos hermanos que sabian su retiro se hizo de un azadon, y de un poco de trigo; cultivó la tierra que le pareció mejor, y se puso en estado de adquirir el sustento sin molestar á nadie; haciendo tambien un pequenito jardin en el que sembró legumbres para los hermanos que le visitasen.

Tenian la costumbre de visitarle una vez al año tres solitarios entre otros. Observó Antonio que uno de ellos no desplegaba los labios, y siempre dejaba hablar á los otros dos: preguntóle el Santo el motivo, no tanto por saber lo que ya se figuraba, cuanto por tener ocasion de curarle de la timidez á que atribuía su reserva. Mas el solitario le respondió: *Padre mio, me basta el veros para quedar edificado.*

Efectivamente todo el exterior de Antonio tenia un aire de santidad, de dignidad, y cierta analogía con lo que se decia de él, que desde luego le daba á conocer á los que no le habian visto nunca. Su presencia á la verdad no era de las mas gallardas, pero infundia un cierto respeto por su aspecto noble y grave, mezclado con una alegría y serenidad que anunciaban á primera vista todo el imperio que tenia sobre su espíritu. Parecía que estaba libre de pasiones por otra parte; y desde que se habia estrechado su trato con Dios, no tenia el menor apego ni aun á las delicias de la contemplacion, ni á su amado retiro, siempre que el celo ó la piedad le llamaban á otra parte.

63. Los hermanos le persuadieron á que bajase de su montaña para visitar los monasterios de Piper, fundados bajo su direccion. Partió pues inmediatamente, acompañado de algunos de ellos, é hizo cargar un camello de los víveres indispensables para atravesar el desierto. El calor era escesivo y llegó á faltar el agua á los viajantes, que la buscaban inútilmente en las inmediaciones; y por fin perdida la esperanza de hallarla, viéndose sin fuerzas pera caminar se echaron en el suelo casi desfallecidos, y dejaron ir al camello por donde quisiese. El mas vigoroso era el santo viejo, mas acostumbrado á sufrir por razon de sus penitencias; pero estaba herido del mas vivo dolor viendo el peligro en que quedaban sus compañeros. Se separó de ellos suspirando, se puso en oracion arrodillado con los brazos en alto, y en el sitio mis-



mo donde oraba hizo el Señor que brotase de pronto un manantial de agua fresca, con la que saciaron todos la sed. Recobradas las fuerzas, llenaron sus odres, y toda su inquietud se redujo á saber de la bestia extrañada que llevaba las provisiones. Halláronla por fin parada junto á una piedra, en la que se habia enredado la cuerda por una casualidad cuyo autor no les fue difícil conocer, y concluyeron felizmente su viage.

64. Tuvo el santo Abad el consuelo de hallar los monasterios de Piper en el mejor órden: se detuvo allí algunos dias, los que pasó parte con sus hijos en Jesucristo, y parte con su digna hermana, que era una doncella muy adelantada en edad, y cuyas hijas espirituales, á quienes dirigia por la senda de la perfeccion en el mismo territorio, no cedian en virtud á las comunidades de hombres mas austeros; y despues dió la vuelta á su soledad.

65. Entonces fue cuando le visitó en su retiro San Hilarion, el que estaba destinado por la Providencia para establecer en Palestina y Siria las santas observancias de los solitarios del Egipto. Eran idólatras los padres de Hilarion, así como los de Pacómio; pero la gracia le previno igualmente con sus bendiciones. Enviáronle á estudiar á Alejandría desde la aldea de Tábata, lugar de su nacimiento, situado cerca de Gaza; pero además de las nociones áridas de la gramática habia aprendido la ciencia inestimable de la salvacion, en la que habia hecho ya muy rápidos progresos. Para perfeccionarse mas y mas en ella vivió

como unos dos meses en compañía de San Antonio, cuya nombradía grande le pareció inferior á la realidad; y este corto espacio de tiempo bastó á un tan digno émulo del hombre de Dios para abrazar su norma de vida, y acostumbrarse á la continua oracion, á la humildad, á la constancia en las faenas, á las austeridades y á la regularidad. No contaba Hilarion entonces con todo eso mas de quince años; pero si el juicio y la prudencia se adelantaron alguna vez en esta edad en las almas fuertes de aquellos primeros orientales, fue singularmente en este Santo, en quien mediante la gracia el heroismo fue toda su vida como natural. Llevó consigo algunos solitarios Egipcios á su pais, en donde su padre y su madre acababan de dejarle por su muerte cuantiosos bienes, los que repartió entre sus hermanos y los pobres, sin olvidar á otra persona que la suya en esta distribucion.

Habia una dilatada soledad que principiaba pocas millas de la ciudad de Mayuma, y se estendia muy á lo lejos por la playa del mar. Habitaban en ella solo unos bandidos que recorrían toda su estension para sorprender á los viajeros, ó despojar á los navegantes que arrojaba la tempestad á aquellas arenas. Aquí se estableció el jóven Hilarion, eligiendo un sitio que habia entre el mar y un pantano, despreciando todos los riesgos, escepto los que amenazan al alma en medio de los lazos del mundo. Se reducía á un saco su vestido, con una túnica de pellejo que le habia dado San Antonio, y un manto de aldeano. No era otro su lecho que una sencilla estera de



juncos tendida en el suelo; y su celda que apenas podia contener el cuerpo mas parecia sepulcro que casa. Por fin cinco ó seis onzas de pan de cebada con algunas yerbas cocidas eran su único alimento diario, y esto desde su infancia hasta los noventa años. Fue descubierto por los ladrones desde que se retiró á aquel parage, los que no pudiendo robar nada á un hombre falto de todo se divertian en darle sustos. Le preguntaron, sin darse á conocer al principio, si tenia miedo á los ladrones. ¿,Por qué los he de temer, respondió, si no tengo nada? Pero pueden quitarnos la vida, replicaron ellos; es verdad, dijo Hilarion, mas cuando á nada se tiene apego en este mundo, hay muy poco miedo de dejarlo.”

Desenfrenóse contra él el enemigo comun, y le acometió rigurosamente y por todos lados; aunque sus tentativas sirvieron para acrisolar las virtudes del santo solitario por espacio de veintidos años sin intermision, despues de los cuales mostró el cielo su santidad con grandes y repetidos milagros. Cuando pasaban de Siria algunos enfermos al Egipto para implorar el auxilio de San Antonio, les decia este Padre de la vida ascética: *¿por que venis de tan lejos teniendo con vosotros á mi hijo Hilarion?* Pronto tuvo un gran número de imitadores; porque todos los desiertos de la Palestina y de la Siria, y fuera del Imperio el pais de Eufrates, la Arabia y la Persia se poblaron de fervorosos discípulos, que un egeemplo tan grande le captó, aun entre las naciones mas bárbaras.

66. Mas no solo en los desiertos obraba la gracia del evangelio estos prodigios: tambien el trono daba grandes lecciones de piedad, y suministraba escelsos modelos de virtud. Parecia en efecto que Constantino habia adquirido su poder para hacer triunfar las virtudes cristianas y la Religion. Promulgó una ley, con el fin de satisfacer los deseos de la Iglesia, dirigida á disminuir las usuras tan acreditadas entre los Romanos, mientras hallaba coyuntura de abolirlas del todo. Repartia todos los dias entre los pobres trigo, vestidos y dinero; á nadie se le excluía de estas limosnas; pero sus ministros tenian orden de distribuir las mas abundantemente entre los Cristianos. El Emperador declaraba siguiendo este mismo sistema en las leyes publicadas á favor de los eclesiásticos, que sus dones debian reservarse para los Católicos, y que los hereges y cismáticos, lejos de aspirar á las inmunidades que concedia, serian por el contrario mas perjudicados que lo restante de sus súbditos. Protegia y honraba en particular á las personas que se dedicaban á un estado de mayor perfeccion, como las vírgenes y los solitarios, algunos de ellos en especial como San Antonio, le habian dado la mas grande idea de sus hermanos.

67. Ayudábale por su parte la Princesa Elena, madre del Emperador, á poner en egecucion sus religiosos intentos. Su mas grata ocupacion era repartir las limosnas del Príncipe, el que la confiaba todos sus tesoros absolutamente, así para aliviar á los pobres, como para la mayor pompa del culto público;



pues se procuraba ostentar una santa magnificencia con el intento de que hiciese impresion en unos hombres, que siempre habian ignorado lo que era honrar á la Divinidad con la dignidad y grandeza que se debe. Elena por esta razon se ocupó una gran parte de su vida en edificar y adornar las Iglesias. Tambien emprendió el viage de la Tierra Santa á fin de descubrir el sepulcro del Salvador, que estaba enterrado debajo de enormes montes de escombros: porque los idólatras habian hecho los mayores esfuerzos para borrar hasta su memoria, y ocultar el sitio que podia presentar de algun modo aquel sagrado monumento. Así es que lo tenian cubierto con un inmenso monton de ruinas y tierra bien apiñada, por manera que quedó un terreno bastante sólido para alzar encima de él un templo á Venus: nuevo lazo que preparó la impiedad á la Religion de los fieles, para que yendo á adorar al Dios Hijo de una Virgen, pudiera decirse por el contrario que tributaban sus adoraciones á la diosa de las liviandades. Mandó desde luego la Emperatriz demoler aquel impuro templo; y despues escavaron con tanto ardor y perseverancia, que además del sepulcro, encontraron tres cruces enterradas bajo las ruinas.

Era difícil conocer cual de las tres era el instrumento sagrado de nuestra salvacion. San Macario, Obispo entonces de Jerusalem, las hizo llevar todas á casa de una muger que adolecia, hacia mucho tiempo, de una enfermedad incurable, y era conocida de todos. Aplicáronla cada una de por sí las tres

cruces, pidiendo al Señor que señalase, por medio de una curacion milagrosa, la que habia sido regada con la sangre preciosa de su Hijo (1). Estaba presente la Emperatriz y toda la ciudad, esperando el resultado de este acaecimiento. No halló mejoría la paciente al contacto de las dos primeras cruces; pero luego que tocó la última, se levantó al instante, y se sintió perfectamente sana. Añaden algunos escritores que despues acercaron la cruz á un muerto, y que al punto resucitó; mas este último hecho, aunque no está tan sostenido como el primero por los historiadores modernos, sin embargo se funda en las mismas pruebas, á saber, en la tradicion de todos los habitantes de Jerusalem, y el testimonio por escrito de muchos contemporáneos, de los que tomaron igualmente la noticia los autores respetables de la antigüedad que nos han transmitido la substancia de este prodigio. Envió Elena una parte muy considerable de la cruz al Emperador su hijo, y colocó lo restante en una gran caja de plata, para conservarla en una soberbia basilica, que desde entonces se comenzó á edificar, y no pudo concluirse hasta seis años despues.

68. Tal fue la descripcion que los antiguos nos dejaron de aquella Iglesia, maravilla de su siglo, alzada con el título de la Resurreccion, cerca del santo sepulcro, al que se adaptó diestramente todo el plan del edificio. El ámbito del sepulcro estaba resguarda-

(1) *Theodoret. lib. 1. hist. cap. 18. Rufin. lib. 1. cap. 7. Sozom. lib. 1. cap. 17. Sozom. lib. 2. cap. 4.*





do en lo exterior con columnas de un trabajo esquisito, y hermoseado de todo género de adornos los mas preciosos. Entrábase desde este pórtico en un espacioso patio ó plaza enlosada de mármol, y coronada por tres lados con una larga galería, rematando á levante con el templo, que era aun mas admirable, tanto por su grandeza y la exactitud de sus dimensiones, como por la riqueza de sus adornos. A primera vista se conocia, que no en valde se propuso el poder Romano alzar el mas digno monumento que se pudiese ver en su especie. Estaba incrustado lo interior del templo en toda su inmensa estension, de los mármoles mas raros; lo exterior construido con unas piedras tan labradas y tan bien unidas, que la perfeccion del trabajo admiraba mas que lo esquisito de los materiales; y la bóveda cubierta de un artesonado de escultura, todo dorado y de una brillantéz extraordinaria. Formaban dos galerías de dos altos los lados de abajo, enriquecidas y adornadas de oro, y acompañadas de dos bóvedas en extremo grandiosas. Habia en el patio tres puertas de una elevacion magestuosa; y al entrar se echaban de ver en la fachada doce columnas dispuestas en semicírculo, cada una de las cuales sostenia la imágen de un Apóstol, y cuyos capiteles se veían adornados con grandes vasos de plata. Esto era lo que formaba el Santuario, en medio del cual estaba el altar. Habia un antepatio formado por dos galerías al extremo opuesto de estos edificios mas cerca del patio y de los pórticos, y se entraba á ellos por otra puerta que salia á la pla-

za pública, donde se hacia el mercado. Cualquiera que al pasar observase desde allí toda esta perspectiva tan admirable, no podia menos, especialmente las primeras veces, de sentir dentro de sí, y quedar arrebatado por un religioso asombro, y mucho mas aun si penetraba con la vista hasta el lugar santo.

Esta fue la Iglesia tan justamente alabada del santo Sepulcro, la que se hallaba provista de una cantidad innumerable de vasos de oro y plata, y de todo género de riquezas. Subsistió este magnífico templo hasta el año 1009 de la Era Cristiana, en que lo destruyeron los Musulmanes: despues fue arruinado y reedificado otras varias veces, pero nunca con el esplendor que la primera. Alzóse una ciudad al rededor de la Iglesia, fuera del sitio que la antigua Jerusalem, que segun dice Eusebio, era un remedo de la nueva Sion que describen los Profetas, á causa del conjunto de objetos que reunia, capaces de inspirar un santo entusiasmo: y volvió entonces á tomar su antiguo nombre, dejando el de Elia que le habia dado el Emperador Adriano.

69. Con el piadoso objeto de honrar debidamente el lugar santificado por el nacimiento del Hombredios y el de su gloriosa Ascension, mandó Constantino edificar dos magníficos templos, uno en Belen, y otro sobre el monte de las Olivas. Construyóse al mismo tiempo en Nicomedia una Basílica digna de esta ciudad imperial, que era la residencia ordinaria de los Emperadores de Oriente. Tuvo Antioquía, capital de Siria, un templo tan suntuoso que se decia al